

Anaclet PONS, *El desorden digital. Guía para historiadores y humanistas*, Madrid, Siglo XXI, 2013. 320 pp. ISBN: 978-84-323-1642-5

A pesar de los muchos años transcurridos, sigue siendo pertinente recordar a Francis Bacon cuando afirmaba que algunos libros son para probarlos, otros para devorarlos y algunos pocos para masticarlos y digerirlos. El libro del que voy a escribir es obvio que pertenece a la tercera categoría porque conviene leerlo totalmente, con diligencia y atención. Y esto es así no porque responda con certezas absolutas sino por su lucidez y el atino de sus reflexiones. Es cierto que algunas de ellas pueden parecer obvias, por ejemplo cuando señala que “los nuevos medios digitales han desencadenado el más grande trastorno que ha vivido la corporación académica en los últimos tiempos” (p. 27), pero precisamente por eso las hemos asumido sin consciencia de su repercusión, sin reflexión suficiente.

Seguramente esta idea sirva también para comentar alguno de los males que aquejan a la profesión de humanista y, desde luego de historiador, en nuestro país. Me refiero a la escasa dedicación de los intelectuales españoles a las cuestiones relacionadas con la teoría y el método. Anaclet Pons pertenece a esa rara “especie” de colegas que desde hace algunos años se han venido ocupando de estos menesteres un poco, o tal vez un mucho, contra corriente. Si sus contribuciones sobre la historia cultural o la microhistoria, de la mano de Carlo Ginzburg, y en colaboración con Justo Serna, han iluminado a más de uno en la profesión, sus más recientes desvelos a propósito la encrucijada en que nos hallamos los humanistas en la era global que describiera Manuel Castells están abriendo una rica ventana por la que debe entrar el imprescindible aire renovador que estimule respuestas apropiadas a los retos que se nos plantean en las formas de escribir, trabajar y divulgar. Y todo ello con el ánimo de trascender fronteras y participar, por qué no, en un debate que es ecuménico.

Lo que este libro propone son una serie de propuestas e ideas para entender los cambios que nos han transformado en los últimos tres decenios, es decir, esa revolución tecnológica centrada en la información con capacidad para alterar por completo nuestra cultura en un sentido amplio, porque, entre otras cosas, es evidente que cada vez más, profesionales o aficionados de las humanidades, pasamos más tiempo intercambiando información. Para situarnos mejor en este contexto, se nos hace un apropiado recorrido, en los tres primeros capítulos, por el origen de las humanidades digitales y su rápida evolución con los nuevos y ya no tan nuevos soportes. Y todo ello con una ágil y amena lectura que, en todo caso, puede llegar a abrumar por su erudición y exhaustivo conocimiento de lo que ha acontecido a nuestro alrededor, sobre todo en el mundo anglosajón, a propósito de estos cambios. En todo caso, unas transformaciones que han traído indudables avances en el conocimiento y en la práctica profesional pero también han sembrado de problemas nuestros hábitos

cotidianos a la hora de, por ejemplo, adquirir información a través de internet o plantearnos el futuro, no tan lejano, de la heurística, de los archivos del tiempo presente.

Plantea Anacleto Pons si estamos ante un nuevo *nicho académico* y recuerda el todavía abierto debate sobre el reconocimiento del Tiempo Presente como materia y área de conocimiento específico separada de la contemporaneidad con sus propias normas y metodologías. En realidad, quienes defienden la existencia de una nueva disciplina, en tanto en cuanto hablamos de una construcción social, son aquellos que sitúan las nuevas tecnologías como objeto de su propio análisis y no sólo como herramientas o medio de expresión (p. 41). Posicionamientos aparte, queda fuera de discusión que estamos hablando de un campo “intrínsecamente interdisciplinar” que se relaciona con cualquier aspecto de la vida cultural y afecta a materiales de todo tipo. Hoy las humanidades se desarrollan en un entorno digital porque no podemos separar lo que vemos de cómo lo vemos.

En un mundo global cada vez más interconectado y generador de información, de datos y referencias, cobra nueva pujanza la necesidad de disponer de extractos, de resúmenes o compendios de las cosas conocidas y publicadas que en algún momento nos pueden interesar. Ese reto, en gran parte, es lo que ha dado sentido al gran artefacto que llamamos *Wikipedia*, una herramienta cada vez más usada a pesar de sus muchos detractores, particularmente académicos. En realidad, como ya ocurriera con la primera, la ilustrada del siglo XVIII, se trata de una enciclopedia que recopila y transmite información de forma estructurada y que puede ser editada, casi siempre, por cualquiera y cuyo contenido es abierto. Las objeciones que se le plantean –el neoludismo–, nos recuerda el autor, no son tan nuevas porque nos retrotraen a las que en su momento se objetaron al propio Gutenberg y más tarde al vapor de la revolución industrial.

Si hasta aquí el lector ha podido disfrutar con el pasado reciente y el presente de las humanidades digitales y el caos que ha podido generar, como alteración del *statu quo* de los profesionales y del propio conocimiento, lo que podemos leer a continuación es, si cabe, más paradigmático, si se me permite la expresión. Lo es, sin duda, lo relacionado con las preguntas que nos formula a propósito del futuro de los archivos y los “documentos” que en ellos se puedan atesorar. Las alteraciones que los futuros investigadores tendrán/tendremos que sortear para hacer una correcta “crítica de las fuentes”. Los historiadores sociales nos sentiremos, en parte, aliviados por las nuevas posibilidades que tenemos para poner voz a los innumerables personajes anónimos de la historia pero a costa de sufrir una invasión de potenciales “informadores” que serán muy difíciles de manejar en nuestros trabajos. Trabajaremos en equipo e interconectados, no solo con los colegas sino también, revolucionario, con los lectores que podrán interactuar y enriquecer nuestros saberes. Como decían los viejos cuantitativistas o los primigenios “annalistas”, tendremos que saber programar o, al menos, conocer rudimentos para vertebrar información, datos y documentos con reflexión e interpretación.

No menos interesante se me antoja lo vertido en las páginas que tratan las nuevas formas de comunicar nuestros resultados, la publicación. Ya lo estamos sufriendo. Los evaluadores actuales, incapaces de discriminar con acierto entre investigadores de “ciencias y letras”, no encuentran el sortilegio adecuado con el que valorar los “anhelados” impactos de nuestras publicaciones: ¿es conveniente publicar en revistas o en libros? ¿Digitales o en papel? Es obvio que la calidad de nuestras aportaciones no está directamente relacionada con las citas que recibimos porque, en gran parte, ello viene condicionado por el formato y el medio, además de por nuestros recursos, claro está. Las repercusiones para el mundo editorial –negocio y cultura– no son baladíes y, más bien, se antojan trascendentales para todos.

Por último, el autor, historiador para más inri y ferviente defensor de las nuevas tecnologías como demuestra en su magnífico blog de historia “Clionauta”, no podía dejar de

plantearse en esta ocasión el panorama de la historia digital y lo hace, desde mi particular punto de vista, con un honorable ejercicio de sinceridad y, diría, de compromiso: “estudiamos el pasado, proyectamos vivir en el futuro”. En suma, un trabajo que no deberíamos echar en saco roto porque, discrepemos poco, mucho o nada con sus aseveraciones –la docencia en línea no suplirá a la presencial (p. 102)–, acierta plenamente a la hora de estimular un debate imprescindible y, por supuesto, interdisciplinar. Pero, además, y para tranquilidad del gremio, nos recuerda lo indiscutible de nuestro oficio porque “sin nadie que lo interpele, el documento es mudo... Para que todos seamos historiadores es preciso saber en qué consiste esa disciplina y cómo preguntar al pasado. O bien ese modelo se utiliza simplemente para exposiciones, museos, conmemoraciones o con fines didácticos” (p. 310).

Manuel Ortiz Heras
Universidad de Castilla-La Mancha